

honra, hasta que Dios las detiene por medio de un ángel que reviste casi siempre de las formas de la mujer. Ese ángel has sido tú, María.

»Pensaba, al ver la blanca espuma que mis piedras levantaban en el agua antes de sepultarse en ellas, que así las pasiones bastardas levantan en el corazón un sentimiento de placer que luego se sepulta para siempre en nuestra alma, convertido en roedor remordimiento. Meditaba, al notar la rapidez con que el río pasa por delante de nosotros, que tan breve es nuestro tránsito por la tierra, y que somos unos insensatos al comprometer, por los ligeros goces de esta efímera vida, nuestra dicha eterna en ese más allá cuyo dintel guarda el misterio augusto de la tumba.

»Estas reflexiones me las arrancaba, esposa mía, el recuerdo de mi vida pasada; he sido tan criminal, había tan por completo olvidado la existencia de un Dios de justicia, que ahora, al ver que me ha tendido su mano protectora para sacarme de entre el cieno en que me agitaba, no puedo menos de reconocerme con gusto vencido; y contemplando al ángel que ha colocado á mi lado para que conduzca mi alma á su salvación, le doy gracias con todas mis fuerzas y proclamo en alta voz su infinito poder.

—»¡Oh, Carlos mío! — exclamó con un grito de alegría, — ¡qué feliz soy al oírte expresar así! ¿Qué importan tus pasados errores si al fin has comprendido que hay un Dios que por nosotros vela, y desde tu arrepentimiento eres el más bueno de los hombres?

—»Sí, procuro ser tan bueno como criminal he sido, para que Dios perdone mis extravíos. Me he conducido como un miserable, María; para mí no había nada sagrado ni respetable. ¡Oh! Si yo pudiera inculcar en la mente de los que el camino que yo he abandonado siguen, las ideas que en la mía se agitan, pronto los convencería de que el que se obstina en correr ciego por la resbaladiza pendiente del mal se estrella más tarde ó más temprano en el fondo del abismo; es decir, ó caen en la repugnante abyección, teniendo por fin el grillete del presidio, ó el criminal suicidio les abre las puertas de la eternidad.»

III

Aquellas palabras fueron dichas con tan sombrío acento, con tal tono de profecía, que me estremecí profundamente.

La historia de aquel hombre era la mía; sus palabras se clavaban directamente en mi corazón. Mi estremecimiento agitó las hojas del árbol en que, sin fuerzas, hacía rato me apoyaba, y los jóvenes volvieron con viveza la cabeza, arrojando ella un pequeño grito de sorpresa.

Yo me acerqué confuso, haciendo un torpe saludo; él se levantó, cubriendo su frente la sombra del disgusto: me había reconocido.

— Amigo mío — dijo estrechando mi mano, — dispense usted si no le recibo como merece; usted me

recuerda el pasado, que con toda el alma quisiera olvidar; usted representa para mí el ayer. Pero á pesar de que su presencia empaña por un momento mi dicha, he tenido una satisfacción al ver á usted en nuestro pobre retiro.

Yo estaba agitado, pensativo; veía en aquel extraño encuentro la mano de Dios, y sólo pude murmurar, fijo en mi idea:

— Su variación me asombra, amigo mío. Lo vi á usted la última vez en los centros del vicio, haciendo alardes de escepticismo, y lo encuentro á usted hoy filosofando á la orilla del río, alabando á Dios y proclamando la virtud. Agradecería á usted me hiciera conocer el incidente que tan grande transformación ha producido; quizá me sirva de provecho.

— Con mucho gusto lo haré; yo quisiera que el mundo todo conociera mi pasada vida, mi felicidad presente, y mi ejemplo hiciera, á los que en mi caso se encuentran, amar el bien, aborrecer el mal.

A una indicación suya nos sentamos en la verde hierba, y después de dirigir yo un cumplido á la bella joven, dijo su esposo:

— «No necesito relatar punto por punto mi fatal carrera; usted la conoce bien, nos hemos encontrado muchas veces en el centro de la corrupción y los ficticios placeres. Para ser más breve, sólo describiré á grandes rasgos los sucesos más importantes de mi vida; de ellos podrá usted aprender algo.

»Dotado de un temperamento de fuego, de una

imaginación viva é irreflexiva y de un carácter vehemente hasta el delirio, creí encontrar en los placeres la felicidad eterna, y como tantos otros, me arrojé en los brazos del vicio; pero sus halagos llegaron á hastiarme, y yo, que había vivido veinte años en uno; yo, que había gastado en este tiempo las bellas ilusiones que quería guardar siempre como un tesoro sagrado, me encontré sin creencias, sin sentimientos, casi sin una idea, porque mi inteligencia estaba embotada; me hallé con el alma helada y el corazón vacío. Yo era creyente y me volví escéptico; me era imposible creer en la virtud con las pruebas de corrupción recibidas. Porque había sido rodeado de criaturas perdidas, creí, ¡pobre loco!, que la virtud sólo existía en la mente acalorada de unos cuantos visionarios.

»Quise buscar nuevas emociones que agitaran mi alma convertida en hielo, que animaran con la fuerza de la fiebre mis amortiguados placeres; me entregué al juego. Allí encontré las fuertes emociones que deseaba, y como el hombre que apura con delicia un veneno que ha de sostener sus fuerzas físicas, sin reparar que va abrasando lentamente sus entrañas y minando su existencia, así yo apuré á prisa la copa embriagadora que el juego me ofrecía; mas mis recursos se agotaron; había perdido mi fortuna. No me detuvo este nuevo obstáculo. ¿Es acaso posible detenerse después de poner el pie en una resbaladiza pendiente? Pues tan difícil es, usted bien lo sabe, volverse

atrás habiendo empezado á rodar hacia el abismo. Sólo la mano de Dios tiene fuerza para hacernos retroceder. Salté por todo; ya no podía vivir sin emociones fuertes, y no teniendo, pedí; cuando no encontré quien me prestara, vendí cuanto poseía. Me vi al fin despreciado por lo más despreciable de la sociedad, y ciego por el vértigo, dominado por la fiebre que se apodera del que en el fango se arrastra, me convertí en ladrón de los inocentes que á nuestro centro odioso eran conducidos, y más tarde... falsifiqué.

»¡Oh! No se asuste usted, caballero; esta es la invariable marcha del que se arroja en ese mundo de cieno que envenena el alma. Se descubrió mi crimen, y huyendo de la justicia humana me oculté, sin pensar que de la de Dios no podía nadie librarme. Me creí perdido, y recurrí á la suprema resolución del culpable: al suicidio. No os asombre; es la fatal lógica del que todo lo ha perdido; el último crimen para coronar los otros.»

Yo me estremecí de terror. Como él me encontraba dominado por el mal, y muy cerca de descender hasta donde mi amigo, porque estaba casi arruinado. Él continuó:

— «Al amanecer de una hermosa mañana de primavera me dirigí á lo más solitario del Retiro de Madrid; sentado en un banco rodeado de verdura, pasé un gran rato de muda meditación; pensé en mi tranquila adolescencia, llena de dulces creencias, y al examinar mi vida presente, no pude evitar que una

lágrima silenciosa corriera por mi rostro. Recordé adónde conducen los desórdenes de la juventud, desórdenes que al principio creemos no pueden traer consecuencias y tan fatales las tienen, y el arrepentimiento tocó mi corazón. Me ocurrió un momento lavar mis culpas con una vida entera de trabajo; pero me faltó el valor para tan heroica resolución; no tenía fuerzas para llevarla á cabo, y rechacé tan salvadora idea.

»Los minutos pasaban, se hacía tarde y me convenía acabar pronto; preparé el arma homicida, la apoyé en mi frente, y después de un segundo de oración mental, apreté el gatillo... Mas en aquel instante una mano suave oprimió la mía, y desviando el arma, hizo que la bala fuera á perderse á mucha distancia de mi frente. Una nube divina cegó mis ojos; vi delante de mí un ángel de blancas vestiduras y un latido de esperanza agitó mi corazón. Me sentí dominado por aquella aparición celeste, y cayendo de rodillas ante ella, exclamé besando el borde de su traje:

— »¡Perdón, perdón!

— »Dios, que vela siempre por el desgraciado, perdona al delincuente arrepentido — dijo con acento divino mi dulce aparición.

»Su voz llegó á mi corazón; el nombre de Dios, por sus labios pronunciado y por mí tan olvidado, llevó á mi alma un inmenso consuelo, una suprema esperanza, y asiéndome á él como á mi única salvación, murmuré: «Yo creo en Dios, yo le adoro; tráeme su per-

dón, ángel divino, y habrás salvado á un alma de la desesperación.»

»¡Oh! ¡Cuán cierto es que en los supremos momentos de la vida hasta el más escéptico acude á Dios! En esos instantes, todos reconocemos la necesidad de creer en un ser superior que nos consuele.

—»Yo no soy un ángel divino—repuso mi salvadora;— soy sólo una pobre mujer. Alce usted, Carlos.

»Me tendió su linda mano; me levanté sorprendido al oír pronunciar mi nombre, y me encontré frente á frente de una joven, blanca como su pureza. Aquella mujer era mi esposa, era María.»

Me incliné, sonrió con dulzura ella, y su esposo prosiguió:

—«Yo conocía á María, porque su familia estaba ligada á la mía por los lazos de la amistad; en ella había encontrado siempre el cariño de una hermana.

—»¡Oh, María!—murmuré,— usted ha salvado mi alma; Dios ha traído á usted á mi lado.

—»Paseábamos por aquí, por entre la espesura vi á un hombre sumido en sombría meditación, me acerqué, lo reconocí á usted y evité el horrible crimen. Carlos, ¿estaba usted loco al querer quitarse la vida que Dios le ha dado y de la que sólo Él puede disponer?

»No encontraba palabras con que disculparme, y la llegada de la madre de María, que hasta entonces había permanecido apartada respetando mi emoción, me sacó de situación tan embarazosa.

»Me reconvinieron dulcemente, yo les rogué pidie-

ran á Dios que me perdonara, y desde aquel día aquella familia fué la mía. La virtud de la purísima niña me hizo comprender que la virtud existía; su fe despertó mi fe, dormida desde la infancia; su dulzura agitó mi corazón, muerto por la mano de hierro del vicio. El arrepentimiento me llevó á la iglesia, lloré mis errores, y fuí perdonado, recibiendo con el perdón inefable consuelo y una vida nueva.

»La familia de mi esposa me proporcionó un destino, que desempeñé con esmero, y bien pronto amé con delirio al ángel de mi redención; ella me quería hacía tiempo, y cuando después de mi trabajo gozaba al lado de la mujer amada los inefables placeres de un amor purísimo, comparaba aquella tranquila existencia con mi pasado infierno, y no podía menos de bendecir á Dios. Todas las emociones que había buscado en el bullicio del mundo, en la embriaguez del vicio, las encontré allí, con la única diferencia de que éstas eran dulces, serenas, exentas de remordimientos y amarguras.

»Así que los padres de María se convencieron de que mi arrepentimiento era sincero y me había servido de provecho la severa lección recibida, me concedieron su mano. En cuanto fuí su esposo, deseé huir de Madrid, de su continuo bullicio, que mis crímenes recordaba; renuncié mi destino; nos vinimos á este poético retiro, y me dediqué por completo á aumentar el capital de mi esposa. Esa casita es mi paraíso, María mi ángel bueno, y recuerdo mi borrascoso pasado como un sueño horrible.»

IV

Calló fatigado; yo me sentía presa de extraña emoción: pensaba que mi porvenir era el suicidio también, si no ponía remedio; que estaba próximo á caer en el abismo de que él había sido sacado por la mano de un ángel, y me estremecí de terror.

Dominado por la idea de que, más feliz que mi amigo, había sido salvado antes de perderme del todo, pues Dios me había conducido allí para que de mi mente desaparecieran las sombras que la oscurecían y, al oír la historia de mi compañero de orgías, sintiera como él el arrepentimiento, sólo pude murmurar algunas frases estúpidas. Carlos clavaba en mí sus grandes ojos como queriendo introducir en mi inteligencia las ideas salvadoras que en la suya se agitaban.

Me rogaron que cenara con ellos y que pasara la noche en su quinta; acepté con gratitud tal proposición: quería estar todo el tiempo posible al lado de mi amigo y su angelical esposa.

Poco después entrábamos los tres en la posesión; allí se ofreció á mi vista una escena conmovedora.

Una joven salió al encuentro de mis amigos, llevando en sus brazos un niño de la tierna edad de un año; el niño se acercaba á ellos batiendo palmas y expresando su alegría con ese grito inarticulado que traduce el contento de los niños. Cuando estuvo junto

á sus padres, rodeó con sus bracitos el cuello de los dos, y uniendo sus cabezas con lazo tan encantador, repartía entre uno y otro rostro sus dulces besos, mezclaba sus cabellos en una misma caricia.

Yo me aparté de aquel bello grupo; contemplé con los brazos cruzados á aquel ángel purísimo que embellecía dos existencias, y al recordar que también tenía una esposa tierna, que quizá estaba próximo á ser padre, una lágrima rodó por mis mejillas.

Bien pronto dominé mi emoción. Los felices padres apartaron sonriendo la rubia cabeza del niño, y penetramos en las habitaciones.

Cené con ellos mudo y sombrío. María se esforzaba por distraerme; él comprendía mi meditación y la respetaba.

Me encontré al fin solo en la habitación destinada para mí, y me arrojé sin fuerzas en un sillón. Mi mente estallaba al impulso de encontrados pensamientos; mi pecho se levantaba agitado por mil distintas sensaciones.

Por un lado mis placeres, mi querida libertad; por otro la paz del hogar doméstico. Si me decidía á seguir mi vida de libertino, recordaba la historia de Carlos y veía al fin de ella la abyección más vergonzosa, el suicidio. Determinaba ser buen esposo, y me aterraba renunciar á mi vida de siempre.

Aquellas dudas eran las últimas convulsiones del calavera, los postreros esfuerzos del ángel malo que no quería abandonar su presa.

La luz de la razón iluminó al fin mi inteligencia; vi en todas las coincidencias que me habían llevado á aquel sitio, en el descarrilamiento del tren, en mi solitario paseo, en mi emoción ante el magnífico espectáculo de la naturaleza y mi extraño encuentro, la voluntad suprema de Dios que me llevaba derecho al camino del arrepentimiento para que hiciera la felicidad de mi buena esposa, y en un noble arranque exclamé, alzando al cielo mis ojos:

— ¡Admiro tu poder, Dios mío! Sí, retroceder á tiempo es salvarse. Nunca es tarde para volver al camino del bien. Nada tan heroico como resistir á la fuerza magnética que á la perdición nos arrastra; yo sabré huir de los placeres que me embriagan. ¡Me siento orgulloso de mí mismo!

Me tendí tras esto en el lecho, y me dormí con una tranquilidad que hacía mucho tiempo no disfrutaba. Soñé con ángeles y delicias, vi la dulce sonrisa del hijo que el cielo me concedía, y desperté con el alma inundada de placer.

Mis amigos se habían levantado para despedirme; participé á Carlos mi resolución, la aplaudió con todas sus fuerzas, y me dijo al separarnos:

— Usted será más feliz que yo, porque ha retrocedido á tiempo. Hacer las cosas á tiempo es la gran ciencia de la vida. Aunque ha llegado usted al error, no ha caído en el crimen, y no sentirá usted un tormento que su felicidad turbe: el remordimiento. Sea usted dichoso.

Le dí las gracias, porque después de Dios á él debía mi conversión; me despedí de su bella esposa, y bajé al pueblo.

En vez de tomar el tren para Cádiz, lo tomé para Madrid.

Llegué por fin, muy tarde para lo que mi impaciencia deseaba; corrí á la fonda y me arrojé á los pies de mi esposa.

Ella se sorprendió; estaba muy lejos de esperar mi arrepentimiento.

— Dios ha tocado mi corazón — la dije — y me ha conducido á tus pies: perdóname.

Me amaba y me perdonó loca de ventura.

Como Carlos, encontré en el amor de mi esposa, en los puros goces de la familia, la verdadera felicidad, las más dulces emociones, y cuando recordaba mi borrascosa vida, decía repitiendo las frases de Carlos: «Hacer las cosas á tiempo es la gran ciencia de la vida.» Si yo hubiera seguido por aquella pendiente fatal, hubiera llegado á la ruina, al oprobio y la vergüenza.

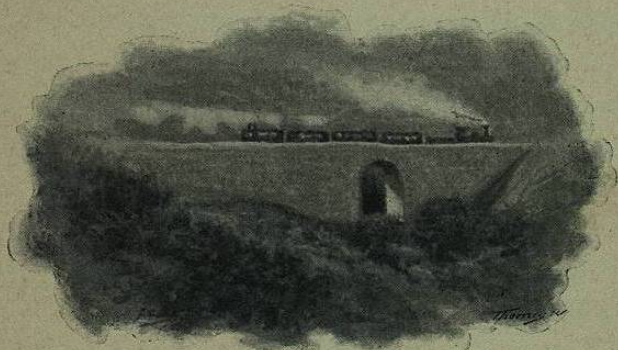
V

— Aquí tiene usted mi historia, amiga mía. ¿Le parece á usted interesante?

— Y provechosa — repuse agitada por la conmoción que me había producido su largo relato.

— ¿Piensa usted publicarla?

- Por lo menos escribirla, sí.
 — ¡Cuidado con los nombres!
 — No tema usted. Le doy las gracias por su complacencia, y le reitero mi afecto; es muy noble conocer los propios errores y enmendarlos. ¡Ojalá haya muchos que, imitando su ejemplo, se retiren del borde del abismo antes de caer en él!



... se marchó, y el ruido de la máquina...

LOS CASAMIENTOS IMPROVISADOS

Entre la juventud del sexo que los hombres llaman galantemente bello existe una enfermedad que hace la desgracia de muchas infelices y que podremos llamar casa-manía.

Esta enfermedad, quitando la facultad de razonar y discurrir, hace aceptar á algunas jóvenes como excelente el primer partido que se les presenta, siquiera sea detestable; huyendo horrorizadas de llegar á ser *solteronas*, presentan su corazón á todo el que ante ellas pasa y les dirige unas cuantas frases corteses; lo entregan satisfechas al que más muestras da de ir de-